

Interdisciplinariedad en ciencias sociales: perspectivas abiertas por la obra de Pierre Bourdieu

J. MANUEL FERNÁNDEZ

Universidad Complutense de Madrid

«El «centro geométrico de todas las perspectivas» no es otra cosa que el campo en el que los puntos de vista antagonistas se enfrentan según unos procedimientos regulados y se integran progresivamente, gracias a la confrontación racional. Es un progreso que el sociólogo concreto, por grande que pueda ser la contribución que aporte a la estructuración y al funcionamiento del campo, debe procurar no olvidar». (Bourdieu 2003: 198)

RESUMEN

La compleja obra de Pierre Bourdieu representa una de las propuestas más imaginativas y fecundas para un proyecto interdisciplinar en ciencias sociales. La hipótesis que pretendo desarrollar en este artículo es que la fuerza de esta mirada sociológica sobre el mundo social radica en una teoría de la práctica que proporciona unidad a las investigaciones en los campos más diversos, da identidad a su modus operandi y es la fuente de inspiración para muchos investigadores de diferentes disciplinas sociales y de las más diversas procedencias geográficas. El método que he empleado es una exploración selectiva y crítica de la producción científica del sociólogo francés.

Palabras clave: interdisciplinariedad, reflexividad, transdisciplinariedad, sociología, ciencias sociales.

Being interdisciplinary in social sciences: perspectives opened up by the work of Pierre Bourdieu

ABSTRACT

The complex work of Pierre Bourdieu represents one of the most imaginative and fertile approaches for an interdisciplinary project in the social sciences. The hypothesis that I seek to develop in this article is that the power of this sociological view rests in a practical theory that provides unity to research in the most diverse fields, gives an identity to their modus operandi and is the source of inspiration for many researchers in different social disciplines from a broadly diverse geographical distribution. The method employed is one of selective exploration and critique of the scientific output of the French sociologist.

Key words: interdisciplinary, reflective, transdisciplinary, sociology, social sciences.

SUMARIO: 1. Las ciencias sociales en el campo científico. 2. La obra de Bourdieu como proyecto transdisciplinar. 3. Sentido práctico y práctica científica. 4. Actitud natural, violencia simbólica y autonomía del campo científico. 5. Más allá de la antinomia entre física social y fenomenología social. 6. Por una reflexividad epistémica de las ciencias sociales. 7. Una aproximación empírica a la posición de las ciencias sociales en el espacio académico francés. 8. A modo de conclusión. 9. Referencias bibliográficas.

Quienes de algún modo desempeñamos el oficio de sociólogo o algún otro similar vinculado a las ciencias sociales probablemente añoremos el trabajo acumulativo de equipos interdisciplinarios como el que culminó en el desciframiento del genoma humano (Wilson 2003). El camino hacia lo que podemos considerar uno de los mayores descubrimientos de la ciencia fue largo y los obstáculos muchos y de diversa naturaleza, pero ni los sesgos ideológicos que en los momentos iniciales convirtieron al laboratorio de Cold Spring en el epicentro del movimiento eugenésico, ni los conflictos de intereses económicos y políticos, ni las pasiones humanas de los investigadores lograron detener la marcha ascendente del desciframiento de las bases bioquímicas del ser humano que han sentado la base científica para la medicina de los próximos siglos. Detrás de este éxito de la ciencia y otros similares se halla, sin duda, el grado de madurez que han conseguido las ciencias de la naturaleza y la posibilidad de centrar la investigación en cuestiones epistemológicamente bien definidas sobre las que pueden trabajar equipos diferentes de modo acumulativo a lo largo del tiempo. En las ciencias sociales los equipos interdisciplinarios también están de moda, pero los resultados distan mucho de ser satisfactorios. La falta de consenso sobre un paradigma y la frecuente delimitación descriptiva de los objetos de investigación, que no se construyen científicamente, sino siguiendo la demanda de agentes externos: burocracias estatales, poderes económicos, partidos políticos, etc., hacen frecuentemente estéril para el progreso del conocimiento científico de la sociedad la proliferación «tribus y territorios» prematuramente especializados, cuando no los convierte en meros instrumentos de dominación simbólica.

1. LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL CAMPO CIENTÍFICO

Pierre Bourdieu concibe las ciencias sociales, y en concreto la sociología, como un subcampo del campo científico. Contrariamente al llamado «programa fuerte» de sociología de la ciencia, el sociólogo galo sostiene que la ciencia no puede reducirse a un discurso como cualquier otro, manifestación de una voluntad de poder, y que las ciencias sociales, y de modo más concreto la sociología, aunque carecen aún de un paradigma compartido aspiran legítimamente a un desarrollo similar al de la ciencias de la naturaleza.

La pérdida en la década de los sesenta de la hegemonía que había ostentado en el período de posguerra el paradigma parsoniano, «sobre el cual reposó durante años la ilusión de una ciencia social unificada», fue considerada por Bourdieu como «un progreso considerable», ya que bajo la apariencia de un «paradigma» que pretendía emular prematuramente el modelo de las ciencias de la naturaleza, se simulaba una científicidad que en realidad no era más que una «suerte de ortodoxia», «un discurso de denegación», en el sentido de Freud, que respondía a la demanda fundamental de los dominantes en materia de discursos sobre el mundo social, que es una demanda de distanciamiento, de neutralización. La crisis en el campo de las ciencias sociales de la que se habla con frecuencia es simplemente «la crisis de una ortodoxia». Y la proliferación actual de paradigmas puede considerarse «un progreso hacia la científicidad» en la medida en que las luchas en este campo «tienen algunas posibilidades de volverse luchas científicas, es decir confrontaciones reguladas tales que es necesario ser un científico para triunfar en ellas» (Bourdieu, 1988b: 46-48).

Gran número de las características y de las dificultades de las ciencias sociales se deben, en opinión de Bourdieu, a que al haber surgido después de las ciencias de la naturaleza «pueden utilizar consciente o inconscientemente el modelo de las ciencias más avanzadas para simular la científicidad (1988b: 47), lo que él llama el «efecto Gerschenkron» (economista que pretendía explicar que el capitalismo no tuvo nunca en Rusia la forma que tomó en otros países por el simple hecho de haber comenzado con cierto retraso). La posición de Bourdieu en esta cuestión parece muy similar a la conocida distinción de Kuhn (1983, 1999) entre las ciencias «maduras», con paradigmas claramente establecidos, y las disciplinas que se hallan en una etapa de desarrollo preparadigmática. El término paradigma es utilizado y definido por este autor de varias maneras. En algunos contextos, parece denotar la constelación particular de ideas, técnicas, creencias y valores que sirven para definir la cultura de una disciplina, mientras que en otros tiene un sentido más restringido de «matriz disciplinar» o compendio de las generalizaciones, modelos y ejemplares representativos compartidos por los miembros de una disciplina.

En las ciencias sociales no hay actualmente paradigmas claros e inequívocos que susciten el consenso, sino múltiples paradigmas en competencia. Si, de acuerdo con el razonamiento de Kuhn, el progreso científico surge del trabajo en contextos donde hay un acuerdo básico sobre las teorías, los métodos de investigación y los procesos de iniciación en la disciplina, en el caso de la sociología aún queda un largo camino por recorrer. Robert Merton (1974) consideraba que era cuestión de tiempo dedicado a la investigación y de recursos. Pierre Bourdieu parece coincidir con él en lo que se refiere a la posibilidad de conseguir una ciencia social «madura». Sin embargo, son muchos sociólogos que no comparten esta visión y consideran más bien que la sociología es una ciencia necesariamente multiparadigmática (Ritzer, 1991:598-612; Fernández, 1990). Los que participan en el llamado «programa fuerte» en sociología de la ciencia van incluso más lejos, hasta cuestionar como legítima la división entre «ciencias duras» y «ciencias

blandas». Tal es el caso de David Bloor (1983), quien inspirándose en el segundo Wittgenstein, pretende desarrollar una teoría de la ciencia según la cual la racionalidad, la objetividad y la verdad no dejan de ser unas normas socioculturales, unas convenciones adoptadas e impuestas por unos grupos concretos. De modo similar, Barry Barnes (1974) sostiene que las acciones de los científicos, lo mismo que el surgimiento y la consolidación de los paradigmas científicos, están influidas por factores sociales intrateóricos y extrateóricos. Por otro lado, Harry Collins y la escuela de Bath enfatizan no tanto la relación entre los intereses y las preferencias de los científicos como el proceso de interacción en el que configuran las controversias científicas y los métodos no racionales que se utilizan para derimirlas (Collins, 1981).

Siguiendo el planteamiento de Kuhn, D. A. Kolb (1981) ha propuesto una tipología cuádruple de las disciplinas, agregando la dimensión básico-aplicado a la división frecuente de las ciencias en duras y blandas. De ese modo tendríamos: 1) en el cuadrante duro-básico las ciencias naturales y las matemáticas; 2) en el cuadrante duro-aplicado las profesiones basadas en las ciencias duras, en especial los campos de la ingeniería; 3) en el cuadrante blando puro o concreto-reflexivo las humanidades y las ciencias sociales, y 4) en el cuadrante blando-aplicado o concreto-activo las profesiones sociales, como la educación, el trabajo social y el derecho.

Casi no hay mapas de este territorio intelectual configurado por las profesiones derivadas de los estudios sociales o científicos, entre las que se halla el trabajo social. Becher sugiere dos razones posibles de esta situación: 1ª) Las áreas aplicadas se ocupan, por definición, tanto del conocimiento práctico como del teórico, siendo el primero más difícil de definir y de analizar. 2ª) Si resulta más fácil, atractivo y gratificante «disecar y exhibir el prestigioso mundo de las ciencias duras que andar a tientas en la enmarañada maleza de las disciplinas blandas puras, resulta aún menos alentador intentar iluminar las oscuras, desfavorables y lejanas tierras de la aplicación. Cualquiera que sea la razón, la escasez de material es evidente» (Becher, 2001: 33).

Las fronteras entre los dominios de conocimiento duro/blando y puro/aplicado son más bien difusas. La delimitación de las disciplinas no es sólo una cuestión epistemológica (Sánchez 2003). En torno a las áreas de conocimiento se configuran comunidades científicas o «tribus académicas» con una lógica de funcionamiento similar a la de cualquier grupo humano. Según King y Brownell (1966), en la noción de disciplina habría que incluir una comunidad, una red de comunicaciones, una tradición, un conjunto particular de valores y creencias, un dominio, una modalidad de investigación y una estructura conceptual. Otras nociones más restringidas se centran bien en aspectos epistemológicos, caracterizando las disciplinas por un conjunto de conceptos, métodos y objetivos fundamentales (Toulmin, 1977), o bien en aspectos sociales, definiéndolas inequívocamente como agrupamientos sociales organizados (Whitley, 1984). La mayoría de los comentaristas sobre el tema ponen igual énfasis en ambos aspectos (Jacobsen, 1981). Para Pierre Bourdieu (1984; 2003) el peso de ambas variables, epistemológicas y sociales, es diferente según el tipo de ciencias.

Las fronteras entre las disciplinas pueden ser más o menos flexibles. Los límites externos de los territorios intelectuales suelen estar bien definidos en el caso de las «comunidades disciplinares convergentes» y de «redes tupidas», muy cohesionadas por los criterios compartidos y la conciencia de pertenecer a una tradición exclusiva. Por el contrario, las fronteras interdisciplinares son más fluidas y difusas cuando las «tribus académicas» carecen de un claro sentido de cohesión y de una identidad compartida (Whitley, 1980). En este último caso es frecuente que grupos de disciplinas colindantes disputen un mismo territorio intelectual, lo que puede conducir a una división de intereses o, por el contrario, a una creciente unificación de ideas y de enfoques (Becher, 2001: 60).

La noción de disciplina es una unidad de análisis problemática no sólo por la indefinición de sus fronteras, sino también por su estructura epistemológica. Las diferencias entre disciplinas respecto a un tema compartido pueden ser de estilo o de énfasis, de mera división del trabajo o de marco conceptual. Algunos autores consideran que compartir el territorio puede llevar a la convergencia antes que a la separación de intereses. Campbell (1969), por ejemplo, propone «una multiciencia global integrada» que supere el «etnocentrismo de las disciplinas» enraizado en unas estructuras académicas basadas en disciplinas y departamentos que promueven la alienación y la distancia artificial aun entre especialidades estrechamente relacionadas. Para ello sugiere remedios más organizativos que epistemológicos. De modo similar, Wax (1969) considera que el intento de estructurar las disciplinas científico-sociales en un conjunto de actividades mutuamente exclusivas no sólo es imposible sino destructivo. Según él, la sociología, la antropología y disciplinas afines no son el resultado de una división sistemática de la labor científico-social, sino de procesos sociales particulares, y los científicos sociales deben ser mucho más conscientes de la arbitrariedad, del prejuicio deliberado y del etnocentrismo de sus hipótesis críticas.

Tanto Campbell como Wax consideran que la especialidad, más bien que la disciplina, constituye el corazón de la actividad académica, el verdadero núcleo de la organización intelectual y creen que es dentro de la matriz de la especialidad donde se logra el contacto más cercano entre el entendimiento humano y el reino de la realidad epistemológica que busca explorar. El ideal de Campbell (1969) de «una ciencia social comprensiva o de otras multiciencias» requiere lo que él llama un «modelo de escamas de pescado», donde las áreas de investigación especializada se superponen como las escamas de un pez. De modo parecido, Polanyi (1962) concibe la totalidad de la ciencia como un conjunto de redes de especialidades superpuestas y Crane (1972) observa que cada campo de especialización parece relacionarse con unos pocos más, pero de tal modo que todos los campos resultan entrelazados en una estructura de nido de abejas. La aparente fragmentación de las disciplinas se articularía de este modo en una totalidad coherente (Becher, 2001: 64-67).

El término especialidad no es unívoco. J. Law (1976) clasifica las especialidades en tres tipos: a) las que se basan en una misma teoría, b) las que comparten las mismas técnicas o métodos y c) las que comparten un contenido temático. La última de las tres es quizá la más conocida, dado que designa un área particular

de conocimiento o un conjunto de problemas donde se centra la actividad de investigación. Las especialidades basadas en métodos introducen otra dimensión, dado que las diferencias metodológicas pueden trascender las líneas de la especialidad. Las especialidades basadas en una teoría pueden ser aún más amplias y rebasar los límites de la disciplina. Por ejemplo, la teoría de la catástrofe que, proveniente de la topología, se ha aplicado también a diferentes problemas de las ciencias biológicas y sociales; o el estructuralismo que, teniendo su origen en la lingüística, se difundió a la antropología, la sociología y la crítica literaria.

Estos tres tipos de especialidades no están necesariamente separados en la práctica, pues un área temática dada puede estar estrechamente asociada con un método en particular, algunos métodos son el acompañamiento natural de una teoría concreta y ciertas teorías están, a su vez, restringidas a conjuntos específicos de contenidos. Pero la vinculación de una especialidad a una u otra teoría puede establecer notables diferencias en la clase de cosas que podemos decir sobre ella (Becher, 2001: 73-74).

Pierre Bourdieu considera desorbitada y prematura la tendencia actual a la especialización en sociología: «Se quiere imitar a las ciencias avanzadas donde las personas tienen objetos de investigación muy precisos y muy pequeños. Esta especialización excesiva que exalta el modelo positivista, por una especie de sospecha con respecto a toda ambición general, percibida como un vestigio de ambición globalizante de la filosofía. En realidad, estamos todavía en una fase en la cual es absurdo separar, por ejemplo, la sociología de la educación de la sociología de la cultura. ¿cómo puede hacerse sociología de la literatura o sociología de la ciencia sin referencia a la sociología del sistema escolar?». A esta situación hay que añadir que la especialización «responde también a intereses». La convergencia de estos dos factores hizo «que se haya especializado en forma excesiva, que se haya descalificado toda investigación relativamente general, olvidando que las ciencias de la naturaleza, Leibniz, aun hasta Poincaré, lo grandes eruditos eran a la vez filósofos, matemáticos, físicos» (Bourdieu, 1988b: 47-48).

Clasificar los campos del conocimiento como disciplinas o como especialidades tiene tanto adeptos como detractores. Algunos defensores de la investigación interdisciplinaria, como Campbell, señalan que la primera opción no facilita la investigación de importantes áreas intersticiales. El enfoque alternativo en términos de especialidades tampoco resulta totalmente satisfactorio, debido al menos en parte, a las dificultades de identificar las especialidades a través de las ciencias por su fluidez y variabilidad (Whitley, 1984).

Algunos de los autores que se han dedicado al estudio de la interdisciplinariedad en ciencias sociales distinguen entre la interdisciplinariedad, tomada en un sentido restringido, y la transdisciplinariedad. La primera implica el encuentro y la cooperación entre dos o más disciplinas, aportando cada una de ellas sus propios esquemas conceptuales en el plano de la teoría o de la investigación empírica. La segunda, por el contrario, implica que el contacto y la cooperación entre las diversas disciplinas culmina cuando éstas adoptan un mismo método de investigación o, de forma más general, el mismo paradigma (Gusdorf, 1977; Bottomore, 1983).

2. LA OBRA DE BOURDIEU COMO PROYECTO TRANSDISCIPLINAR

El proyecto sociológico de Bourdieu puede considerarse como una de los intentos más exitosos por avanzar en la dirección de la transdisciplinariedad en las ciencias sociales. Su misma trayectoria intelectual, de la filosofía a la sociología pasando por la antropología social, encarna esa búsqueda de un marco que trascienda las fronteras de las disciplinas. Este objetivo culminó en su teoría de la práctica, una especie de antropología general que engloba la etnología y la sociología, la cual no sólo ha proporcionado unidad interna a sus investigaciones en los más diversos campos, sino que está inspirando una serie de intercambios e investigaciones en diferentes disciplinas sociales de modo similar a lo que ocurrió con el estructuralismo, la fenomenología, la teoría del intercambio o, en menor medida, la teoría de los juegos. Los seminarios de Chicago y París (1987-1988), cuyos resultados se recogen en el libro *Respuestas: por una antropología reflexiva* (Bourdieu- Wacquant, 1992) también fueron un modelo de interdisciplinariedad, no sólo por la diversa formación de los participantes, sino y sobre todo por el *modus operandi* que en ellos se siguió.

La obra Pierre Bourdieu, uno de los *corpus* de teoría e investigación sociológica más imaginativos y fértiles de la posguerra, constituye un desafío a las divisiones actuales y a los modos de pensamiento establecidos de la ciencia social. Ello se debe a su indiferencia por las fronteras disciplinares; a la gama muy variada de dominios de investigación especializada que atraviesa (desde estudio de los campesinos, el arte, el paro, la escuela, el derecho, la ciencia y la literatura al análisis del parentesco, de las clases sociales, la religión, la política, el deporte, el lenguaje, la vivienda, los intelectuales y el Estado), y a su pluralismo metodológico —de la descripción etnográfica puntillosa a los argumentos teóricos y filosóficos más abstractos pasando por los modelos estadísticos— (Bourdieu, 2003:174-192; Wacquant, 1992:13).

Una de las intenciones manifiestas del proyecto sociológico de Bourdieu, expresión de su *habitus* científico, fue trascender muchas de las antinomias que minan interiormente la ciencia social desde sus comienzos, así el antagonismo aparentemente insuperable entre los modos de conocimiento objetivista y subjetivista, la separación del análisis de lo simbólico y lo material o el divorcio persistente de la teoría y la investigación empírica (Bourdieu, 1988b: 44-45). Como ha escrito Loïc Wacquant: «Sordo a las sirenas de la moda intelectual, Bourdieu no ha cesado de afirmar la posibilidad de una economía unificada de las prácticas, y sobre todo del poder simbólico, capaz de soldar la aproximación fenomenológica y la aproximación estructural en un modo de investigación integrada, epistemológicamente coherente y de validez universal: una antropología en el sentido kantiano del término» (Bourdieu-Wacquant, 1992:13-14). Pierre Bourdieu no se limitó a señalar esa posibilidad, sino que en torno a ese objetivo puede decirse que giró toda su fecunda actividad investigadora, como él mismo parece reconocer de modo explícito al escribir lo siguiente: «Afirmé hace mucho tiempo, en uno de mis primerísimos libros, con

la intrepidez que va pareja con la arrogancia (y con la ignorancia de la juventud (pero tal vez por haberme atrevido entonces puedo hacer ahora lo que estoy haciendo...)) que el papel de los sociología consistía en elaborar una teoría general de la economía de la práctica» (1999:160).

Apoyándose en una ontología no cartesiana que se niega a separar o a oponer objeto y sujeto, intención y causa, materialidad y representación simbólica, Bourdieu se esforzó por trascender la reducción mutilante de la sociología a una física objetivista de las estructuras materiales o a una fenomenología constructivista de las formas cognitivas, desarrollando lo que él mismo autodenominó un «estructuralismo genético» capaz de englobar a una y a otra. El método que propone para ello es un modo de plantear los problemas y un conjunto de herramientas conceptuales y de procedimientos que permiten construir objetos y transferir el saber obtenido en un dominio de investigación a otro (Bourdieu, 1991, capítulos 1 y 2; Wacquant, 1992: 15; Pinto, 2002: 75-76). De acuerdo con Swartz, «uno de los modos como Bourdieu intenta trascender la antinomia subjetivo/objetivo en su ciencia general y unificada de las prácticas es reconceptualizando las relaciones entre las dimensiones simbólica y material de la vida social» (1997: 65).

Una característica de la obra de Bourdieu que la hace especialmente atractiva para el desarrollo de un proyecto interdisciplinar es la estrecha relación que establece entre práctica científica y teoría. La verdadera teoría es, según él, «aquella que se realiza y se abole en el trabajo científico que ella ha permitido producir». Aunque no deja de reconocer que existe una teoría en su obra o, más bien, «un conjunto de instrumentos de pensamiento», el sociólogo francés sostiene que éstos «son visibles solamente por los resultados que producen». El hilo conductor de sus investigaciones «es una lógica inseparablemente empírica y teórica» (Bourdieu, 1992: 134-135).

Bourdieu se opone a la dicotomía frecuente en ciencias sociales entre teoría e investigación empírica. Él concibe la teoría científica como «un programa de percepción y de acción, un *habitus* científico, que se desvela sólo en el trabajo empírico en el que se realiza», y no como «una especie de discurso profético o programático, nacido de la disección o de la amalgama de teorías». Por consiguiente, «hay más que ganar enfrentándose a objetos nuevos que enredándose en polémicas teóricas que no hacen más que alimentar un metadiscurso autoengendrado y con demasiada frecuencia vacío a propósito de conceptos tratados como totems intelectuales» (Bourdieu, 1992: 136).

Abandonando la complacencia fetichista que con frecuencia se otorga a la teoría, Bourdieu la trata como «un *modus operandi* que oriente y estructure prácticamente la práctica científica». Esta es la razón que aduce para justificar que jamás sintió la necesidad de trazar de nuevo la genealogía de los conceptos que ha forjado o reactivado, como los de *habitus*, campo o capital simbólico. «Es en la práctica de la investigación donde estos conceptos nacidos de las dificultades prácticas de la investigación deben evaluarse» (Bourdieu, 1992: 136).

3. SENTIDO PRÁCTICO Y PRÁCTICA CIENTÍFICA

La teoría de la práctica formulada por Bourdieu del modo más extenso y acabado en sus obras *Esquisse d'une théorie de la pratique* y *El sentido práctico*, constituye el principal núcleo teórico que orienta toda su investigación posterior en los más diversos campos. Con esta teoría el sociólogo galo pretendía explicar la intencionalidad sin intención, el domino prerreflexivo e infraconsciente que adquieren los agentes de su mundo social por el hecho de su inmersión durable en su seno y que define la práctica social propiamente humana (Bourdieu, 1991a; Fernández, 2003).

Para comprender la lógica de la práctica de los agentes sociales en cualquier esfera de la vida social hay que desprenderse del mentalismo y del intelectualismo que conciben la relación práctica con el mundo como una «percepción» y esta percepción como una síntesis mental. El principio de la comprensión práctica no es una conciencia trascendental, sino el sentido práctico, del que brotan las acciones por una especie de coincidencia necesaria —lo que le confiere la apariencia de armonía preestablecida— entre un *habitus* y un campo (o una posición en un campo). La acción emerge de la complicidad entre dos estados de lo social, la historia hecha cuerpo y la historia hecha cosa, y no de un sujeto que se enfrenta al mundo como a un objeto en una relación de puro conocimiento, ni de un «medio» que ejerza sobre el agente una forma de causalidad mecánica. El principio de la acción no se halla ni en su fin material o simbólico ni en las presiones del campo. Es más bien en la relación entre un *habitus* y un campo, entre el sentido del juego y el juego, donde se engendran las apuestas y se constituyen fines de posibilidades objetivas que, aunque no existan fuera de esta relación, se imponen espontáneamente con una necesidad y una evidencia absoluta (Bourdieu, 1997a: 179-180).

Los conceptos de *habitus* y de campo le permiten a Bourdieu liberarse del falso problema de la espontaneidad personal y de la presión social, de la libertad y de la necesidad, de la elección y de la obligación, y descartar de un golpe las alternativas individuo *versus* estructura y microanálisis *versus* macroanálisis, vinculadas a una ontología social polarizada y dualista. Bourdieu también rechaza la alternativa sumisión *versus* resistencia que ha definido tradicionalmente la cuestión de las culturas dominadas y que, a sus ojos, nos impide pensar adecuadamente las prácticas y situaciones que se definen con frecuencia por su naturaleza intrínsecamente doble y confusa, como ocurre con la «dominación masculina» (Bourdieu, 2000a; Bourdieu-Wacquant, 1992: 28).

Aplicado a la esfera científica, el concepto de campo «pone el acento sobre las estructuras que orientan las prácticas científicas». Al igual que otros campos, el campo científico es «un campo de fuerzas dotado de una estructura, así como un campo de luchas para conservar o transformar ese campo de fuerzas».

En cuanto «campo de fuerzas», el campo científico es engendrado por las relaciones de los diferentes agentes científicos, científicos aislados, equipos o laboratorios, definidos por el volumen y estructura de su «capital». El capital cien-

tífico es un tipo especial de capital simbólico basado en el conocimiento y el reconocimiento. La estructura de la distribución del capital determina la estructura del campo. Domina el campo el que ocupa un determinado espacio que hace que la estructura actúe en su favor.

Como «campo de luchas», el campo científico, igual que cualquier otro campo, es «un campo de acción socialmente construido en el que los agentes dotados de recursos diferentes se enfrentan para conservar o transformar las correlaciones de fuerza existentes. Los agentes desencadenan unas acciones que dependen, en sus fines, sus medios y su eficacia, de su posición en el campo de fuerzas, es decir de su posición en la distribución de capital.

Cada acto científico es, al igual que cualquier otra práctica, el producto del encuentro entre dos historias, una historia incorporada en forma de disposiciones o *habitus* científicos y una historia objetivada en la propia estructura del campo y en los objetos técnicos, los textos, etc. Los cambios en el interior de un campo son determinados con frecuencia por redefiniciones de las fronteras entre los campos, debido a la irrupción de nuevos ocupantes provistos de nuevos recursos, lo que explica la constante lucha por la definición de las fronteras del campo (Bourdieu, 2003: 63-69; 2000c: 12-119; 1995: 270-276).

La ciencia no constituye una excepción a las leyes comunes de una teoría general de los campos o de la economía de las prácticas. Los campos científicos son, en muchos aspectos, mundos sociales como los otros, con concentraciones de poder y de capital, monopolios, relaciones de fuerza, intereses egoístas, conflictos, etc. Pero los campos científicos son también, en alguna medida, universos de excepción, donde la necesidad de la razón se encuentra instituida en grados diversos en la realidad de las estructuras y de las disposiciones. En opinión de Bourdieu, no existen universos transhistóricos de la comunicación, como sostienen Apel o Habermas; pero existen formas socialmente instituidas y garantizadas de comunicación que, como aquellas que se imponen de hecho en el campo científico, confieren su eficacia plena a los mecanismos de universalización (Bourdieu, 1997a: 131-132; 1995: 297).

Bourdieu rechaza tanto una visión hagiográfica que celebra la ciencia como una excepción a las leyes comunes de una teoría general de los campos o de una economía unificada de las prácticas, como la visión «reduccionista» (llamada a veces «programa fuerte», en sociología de la ciencia) que, «insistiendo sobre el hecho, indiscutible, que los universos sociales son construidos sin cesar por definiciones performativas y operaciones de clasificación, reduce los intereses y las estrategias de conocimiento a estrategias e intereses de poder» (Bourdieu, 1997a: 132-133).

La autonomización del campo científico es lo que hace posible la instauración de leyes específicas que contribuyen, a su vez, al progreso de la razón y, por ello, a la autonomización del campo. En el campo científico, como en los demás campos, la verdad es una apuesta de luchas. Pero las luchas en el campo científico tienen «su lógica propia, que las arranca al juego de espejos que se reflejan en el infinito de un perspectivismo radical. La objetivación de estas luchas, y el

modelo de la correspondencia entre el espacio de las posiciones y el espacio de las tomas de posición que desvela su lógica, son el producto de un trabajo equipado con instrumentos de totalización y de análisis (como la estadística) y orientado hacia la objetividad, horizonte último, pero sin cesar lejano, de un conjunto de prácticas colectivas que se puede describir con Gaston Bachelard, como «un esfuerzo constante de desobjetivación» (Bourdieu, 1997a: 140-141).

Por lo que se refiere a otra noción central de su teoría de la práctica, el concepto de *habitus*, Bourdieu considera que puede resultar especialmente útil para entender la lógica de un campo como el científico, en el que la *ilusión escolástica* se impone con una fuerza especial que impide conocer y reconocer la verdad de la práctica científica como producto de un *habitus* científico, de un sentido práctico.

Reintroducir la idea de *habitus* equivale, según él, a poner en el principio de las prácticas científicas no una conciencia conoedora que actúa de acuerdo con las normas explícitas de la lógica y del método experimental, sino un «oficio» es decir, un sentido práctico de los problemas que se van a tratar, unas maneras adecuadas de tratarlos, etc. La dificultad de la iniciación en cualquier práctica científica procede de que hay que realizar un doble esfuerzo para dominar el saber teóricamente, pero de tal manera que dicho saber se transfiera realmente a las prácticas, en forma de «oficio», de habilidad manual, de «ojo clínico» etc., y no se queda en el estado de un metadiscurso de las prácticas.

El auténtico principio de las prácticas científicas es un sistema de disposiciones generadoras, en gran parte inconscientes y transferibles, que tienden a generalizarse. El *habitus* científico adquiere unas formas específicas según las disciplinas y las especialidades, pero también según unos principios secundarios de las trayectorias escolares o incluso sociales (Bourdieu, 2003: 72-83; 1995: 260-269).

4. ACTITUD NATURAL, VIOLENCIA SIMBÓLICA Y AUTONOMÍA DEL CAMPO CIENTÍFICO

La *doble naturalización* que resulta de la incrustación de lo social en las cosas y en los cuerpos, tanto de los dominantes como de los dominados, según el sexo, la etnia, la posición social o cualquier otro factor discriminador, con la violencia simbólica que ello implica, constituye uno de los mecanismos más poderosos de mantenimiento del orden simbólico. La dominación simbólica en sus diferentes formas se ejerce a través de las disposiciones del *habitus*, donde están inscritos los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que fundamentan, al margen de las decisiones de la conciencia y de los controles de la voluntad, una relación de conocimiento y de reconocimiento prácticos profundamente opaca a sí misma. El orden establecido tiende siempre a aparecer, incluso a los más desfavorecidos, como algo que cae de su peso, necesario, evidente, debido a que las disposiciones son el producto de la incorporación de las estructuras objetivas y que las esperanzas tienden a ajustarse a las oportunidades (Bourdieu, 1997a: 204-205).

La «actitud natural» de la que hablan los fenomenólogos, es decir la experiencia primera del mundo como algo que cae de su peso, es *una relación socialmente construida*, lo mismo que los esquemas perceptivos que la hacen posible. Bourdieu asigna un papel muy destacado al Estado en la construcción social de la actitud natural en las sociedades complejas. Mientras en las sociedades poco diferenciadas los principios de visión y de división comunes (cuyo paradigma es la división entre lo masculino y lo femenino) se instituyen en los cuerpos bajo la forma de esquemas prácticos a través de toda la organización espacial y temporal de la vida social, en nuestras sociedades complejas, el Estado, en tanto que estructura organizativa e instancia reguladora de prácticas, desempeña un papel fundamental en la producción y reproducción de los instrumentos de construcción de la realidad social (Bourdieu, 1997a: 208-209).

El orden simbólico reposa sobre la imposición al conjunto de los agentes de hábitos que deben una parte de su consistencia y de su resistencia al hecho de que son, en apariencia al menos, coherentes y sistemáticos, y están adaptados a las estructuras objetivas del mundo social. Este acuerdo inmediato y tácito funda la relación de sumisión dóxica que nos liga al orden establecido por todos los vínculos del inconsciente, es decir de la historia que se ignora como tal. El reconocimiento de la legitimidad no es, como cree Max Weber, un acto libre de la conciencia clara; se arraiga más bien en el acuerdo inmediato entre las estructuras incorporadas, convertidas en esquemas prácticos y las estructuras objetivas (Bourdieu, 1997a: 211).

Bourdieu alerta de la dificultad de las ciencias sociales para evitar ser un instrumento de dominación y violencia simbólica: «si pretende romper con la ambición que corresponde a las mitologías de ajustar a razón las divisiones arbitrarias del orden social, y en primer lugar de la división del trabajo, y de dar así una solución lógica o cosmológica al problema de la clasificación de los hombres, la sociología ha de tomar como objeto, en vez de enzarzarse en ella, la lucha por el monopolio de la representación legítima del mundo social, esa lucha de las clasificaciones que es una dimensión de cualquier especie de lucha de clases, clases de edad, clases sexuales o clases sociales» (Bourdieu, 2002: 14-15).

El reforzamiento de la autonomía del campo científico requiere sustraerse lo más posible a los «efectos de dominación» que, en el caso de las ciencias sociales, ejercen sobre él distorsionando la competencia científica, los poderes políticos interesados en la dominación simbólica, en la imposición de definiciones de los problemas sociales orientadas a mantener el status quo, o de complejos académico-industriales orientados a la obtención de beneficios económicos, ambas instancias controlan los flujos de financiación para la investigación, incluyendo y excluyendo equipos de investigación en función de sus intereses manifiestos o latentes más que por la capacidad de aportar un conocimiento científico (Bourdieu, 1992: 163-164; 2000: 28-29).

Las posibles distorsiones del campo científico no proceden únicamente del exterior. Cada campo es la institucionalización de un punto de vista en las cosas y en los hábitos. La participación en un campo, cualquiera que sea la posición que se ocupe en él, requiere una *illusio*, una creencia en el juego que se desarro-

lla en él y que lleva a invertir en él. Como adhesión inmediata a la necesidad de un campo, la *illusio* no es del orden de los principios explícitos, de las tesis que se plantean y que se defienden, sino de la acción, de la rutina, de las cosas que se hacen, y las cosas que se hacen se hallan en alguna medida al abrigo de la discusión. Todos los que implicados en un campo, defensores de la ortodoxia o de la heterodoxia, tienen en común la adhesión tácita a la misma *doxa* que hace posible su concurrencia y le asigna su límite (Bourdieu, 1997a: 119-123).

El campo científico también tiene su *doxa* específica, conjunto de presupuestos inseparablemente cognitivos y evaluativos cuya aceptación es un requisito de la misma pertenencia al campo. La *illusio* que exigen los campos académicos supone la puesta entre paréntesis de los objetivos de la existencia ordinaria, en beneficio de nuevas apuestas, planteadas y producidas por el juego mismo. Las oposiciones consagradas dentro de un campo que no tienen ningún contenido fuera de la relación con la posición antagonista de la que no es a veces más que la inversión racionalizada, terminan por aparecer como inscritas en la naturaleza de las cosas. Según Bourdieu, éste sería el caso de muchas parejas de oposiciones vigentes en las ciencias sociales: individuo y sociedad, consenso y conflicto, consentimiento y presión, o, entre los anglosajones, «structure and agency»; y, de manera más evidente aún, las divisiones en «escuelas», «movimientos» o «corrientes»: «estructuralismo» y «constructivismo», «modernismo» y «posmodernismo» (Bourdieu, 1997a: 121-122).

La comprensión de la práctica captada en su lógica propia exige una conversión de la mirada. Para conseguirlo, escribe Bourdieu, «es necesario adoptar un punto de vista teórico sobre el punto de vista teórico y sacar todas las consecuencias teóricas y metodológicas del hecho, en un sentido demasiado evidente, que el científico social (etnólogo, sociólogo, historiador) no está, frente a la situación y las conductas que observa y analiza, en la posición de un agente actuante, implicado en la acción, comprometido en el juego y las apuestas» (1997a: 68).

La reflexión sobre la práctica de los institutos de sondeos y el análisis de las condiciones de acceso a la postura académica fueron algunos de los elementos que contribuyeron a la «conversión» de la mirada de Bourdieu, a que éste tomase conciencia de las distorsiones que produce la brecha entre la intención del encuestador y las preocupaciones extra-académicas de los encuestados. Neutralizar, mediante un esfuerzo permanente de reflexividad, esas distorsiones que la relación de encuesta puede introducir en la comunicación fue la principal intención del método que adoptó en la investigación plasmada en su obra *La miseria del mundo* (Bourdieu, 1997: 74).

5. MÁS ALLÁ DE LA ANTINOMIA ENTRE FÍSICA SOCIAL Y FENOMENOLOGÍA SOCIAL

La tarea principal de la sociología consiste, para Bourdieu, poner de manifiesto las estructuras más ocultas de los diversos mundos sociales que configuran la socie-

dad, así como los mecanismos que tienden a asegurar su reproducción o su transformación. La estructura social tiene una doble existencia: por un lado, como «objetividad de primer orden», o «estructura estructurante», por la distribución de recursos materiales y de los modos de apropiación de bienes y de valores socialmente escasos (especies de capital en el lenguaje de Bourdieu), por otro, como «objetividad de segundo orden», «estructuras estructuradas», habitus o esquemas mentales y corporales que funcionan como la matriz simbólica de actividades prácticas, conductas, pensamientos, sentimientos y juicios de los agentes sociales (Wacquant, 1992: 16).

Una ciencia de la sociedad debe por tanto proceder necesariamente a una doble lectura. La primera trata la sociedad a la manera de una física social, en tanto que estructura objetiva, captada desde el exterior, cuyas articulaciones pueden ser materialmente observadas, medidas y cartografiadas. El principal peligro del punto de vista objetivista es que tiende a reificar las estructuras que construye tratándolas como entidades autónomas, dotadas de la facultad de actuar a la manera de agentes históricos. El objetivismo, incapaz de captar la práctica de otro modo que negativamente, como simple ejecución del modelo construido por el analista, termina por proyectar en el cerebro de los agentes una visión académica de su práctica. Para evitar caer en este reduccionismo, una ciencia de la sociedad debe reconocer que la visión y las interpretaciones de los agentes son un componente ineludible de la realidad completa del mundo social. A la inversa del objetivismo estructuralista, el punto de vista subjetivista o «constructivista», vinculado a esta objetividad de segundo orden, sostiene que la realidad social es una «realización contingente y continua» de actores sociales competentes que construyen continuamente su mundo social a través de las «prácticas organizadas de la vida cotidiana» (Garfinkel, 1967:11) (Wacquant, 1992: 17-18).

Una ciencia total de la sociedad debe librarse simultáneamente del estructuralismo mecánico, que prescinde de los agentes, y del individualismo teleológico, que no deja espacio a los individuos más que bajo la forma truncada de una supersocialización cultural o bajo la apariencia de una reencarnación más o menos sofisticada del homo oeconomicus. Objetivismo y subjetivismo, mecanicismo y finalismo, necesidad estructural y acción individual son falsas antinomias. En su teoría de la práctica Bourdieu pretende un síntesis superadora de la aproximación estructuralista y de la aproximación constructivista. Según él, existe una correspondencia entre la estructura social y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo social, principalmente entre dominantes y dominados en los diferentes campos, y los principios de visión y de división que los agentes les aplican (Wacquant, 1992: 19-22).

Bourdieu propone una mirada relacional de lo social frente a cualquier forma de monismo metodológico que pretenda afirmar la prioridad ontológica de la estructura o del agente, del sistema o del actor, de lo colectivo o de lo individual. Tales alternativas dualistas reflejan una percepción de la realidad social que es la del sentido común y por tanto la sociología debe desprenderse de ella. La ciencia social no tiene que elegir entre estos dos polos, porque aquello que hace la realidad social, el habitus tanto como la estructura y su intersección como historia, reside en las relaciones. La perspectiva relacional que forma el corazón de su visión sociológica no

constituye novedad alguna, es parte integrante de una larga tradición estructuralista polimorfa que se remota a Marx y Durkheim. Lo característico de Bourdieu es el rigor metodológico con que despliega tal concepción, cómo pone de manifiesto el que los dos conceptos centrales de su teoría de la práctica, habitus y campo, designen nudos de relaciones (Bourdieu, 2002: 37-42; Wacquant, 1992: 23-24)

Para Bourdieu la sociología debe ser una ciencia capaz de restituir la unidad fundamental de la práctica humana a través de las fronteras mutilantes de las disciplinas, de los dominios empíricos y de las técnicas de observación y de análisis. El habitus dota a la práctica de una sistematicidad y de una interrelación internas que no tienen nada que ver con esas divisiones y, a su vez, estructuras sociales correspondientes al habitus se perpetúan o se transforman de forma indivisa, simultáneamente en todas sus dimensiones. Esta es la razón por la que Bourdieu se opone a la especialización científica prematura y al trabajo fragmentario que implica. Esto puede verse, por ejemplo, cuando se estudian las estrategias de reproducción o de conversión desarrolladas por los grupos para mantener o de mejorar su posición en una estructura social en cambio. Estas estrategias forman un sistema sui generis que no puede captarse en tanto que tal si no se ponen en relación los dominios de la vida social que son normalmente tratados por ciencias separadas y según metodologías inconexas (Bourdieu, 1991:304-322; Wacquant, 1992: 30-31).

Del mismo modo que C. Wright Mills en su famosa obra *La imaginación sociológica*, Bourdieu desconfía del metodologismo, o empirismo abstracto, y del teoricismo, dos formas de involución opuestas y por tanto complementarias que continúan amenazando a la ciencia social. Los desengaños de la teoría social contemporánea no se deben, según Bourdieu, a una «incapacidad» para alcanzar la «generalidad presuposicional» y la «multidimensionalidad», como diagnostica Jeffery Alexander, sino a una división social del trabajo científico que separa, reifica y compartimentaliza momentos de un mismo proceso de construcción del objeto sociológico en especialidades distintas, favoreciendo la «audacia sin rigor» de la filosofía social y el «rigor sin imaginación» del positivismo hiper-empiricista. Bourdieu sostiene que todo acto de investigación es simultáneamente empírico y teórico (Wacquant, 1991:31-33).

Poincaré definía la matemática como «el arte de poner el mismo nombre a cosas diferentes». De modo similar, Bourdieu, en su famosa Lección sobre la lección, define la sociología como «el arte de pensar cosas fenomenalmente diferentes como iguales en su estructura y en su funcionamiento, y de transferir lo que se ha establecido a propósito de un objeto construido, por ejemplo el campo religioso, a toda una serie de objetos nuevos» (Bourdieu, 2002: 44).

6. POR UNA REFLEXIVIDAD EPISTÉMICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Sentar las bases para una interdisciplinariedad fecunda supone, entre otras cosas, descubrir los múltiples condicionamientos internos y externos en que se pro-

duce el conocimiento científico de la sociedad, sus limitaciones y las distorsiones que puede introducir su desconocimiento. Para realizar el proyecto científico en ciencias sociales es preciso, en opinión de Bourdieu, hacer algo de lo que las ciencias naturales pueden prescindir: «historizar al sujeto de la historización, objetivar al sujeto de la objetivación» (Bourdieu, 2002: 150).

Bourdieu justifica la necesidad de la reflexividad crítica «en dos convicciones, validadas por la experiencia: primeramente, el principio de los errores o de las ilusiones más graves del pensamiento antropológico (que no se encuentra menos entre los especialistas de las ciencias sociales —historiadores, sociólogos, etnólogos— que entre los filósofos), y en particular la visión del agente como individuo (o «sujeto») consciente, racional e incondicionado, reside en las condiciones sociales de la producción de discursos antropológicos, es decir en la estructura y funcionamiento de campos donde se produce el discurso sobre «el hombre»; en segundo lugar, es posible un pensamiento de las condiciones sociales del pensamiento que ofrezca al pensamiento la posibilidad de una verdadera libertad en relación con estas condiciones» (Bourdieu, 1997: 141).

En el estadio actual de evolución de las ciencias, el campo de producción científica en las ciencias sociales dispone de menos autonomía que el de las ciencias de la naturaleza, es decir, está más sometido a diferentes formas de presión exterior, económica, política, etc. Ello se debe, en opinión de Bourdieu, a que las ciencias sociales, y, sobre todo, la sociología, tienen un objeto demasiado importante (interesa a todo el mundo, y en especial a los poderosos), demasiado acuciante, para dejarlo moverse a sus anchas, abandonarlo a su propia ley, demasiado importante y demasiado acuciante, desde el punto de vista de la vida social, del orden social y del orden simbólico, para que se les conceda el mismo grado de autonomía de las restantes ciencias y para que les sea otorgado el monopolio de la producción de la verdad» (Bourdieu, 2003: 151). Para quienes ostentan un poder temporal o espiritual, «una ciencia social realmente autónoma «sólo puede ser considerada la más temible de las competencias» (Bourdieu, 2002: 28).

La débil autonomía de los campos de las ciencias sociales se debe también sus raíces en el interior de esos campos en los que «se enfrentan unos agentes desigualmente autónomos» y en los que son precisamente «los investigadores menos heterónomos y sus verdades «endóxicas», como dice Aristóteles», los que tienen, por definición, «mayores posibilidades de imponerse socialmente en perjuicio de los investigadores autónomos» (Bourdieu, 2003: 152). Sin embargo, «la ciencia social sólo puede constituirse rechazando la demanda social de instrumentos de legitimación o de manipulación» (Bourdieu, 2002: 30).

Una tercera particularidad que hace especialmente difícil la ruptura social que es la condición de la construcción científica es que, «en el caso de las ciencias sociales, lo «real» es absolutamente exterior e independiente del conocimiento, pero es a su vez una construcción social». La ciencia social es «una construcción social de una construcción social». Ello implica que «el analista forma parte del mundo que intenta objetivar y la ciencia que produce no es más que una de las fuerzas que se enfrentan en ese mundo». Lo cual nos lleva a la paradoja de que

la sociología «es socialmente débil, y tanto más, sin duda, cuanto más científica» (Bourdieu, 2003: 153-154)

La reflexividad, entendida como «el trabajo mediante el cual la ciencia social, tomándose a sí misma como objeto, se sirve de sus propias armas para entenderse y controlarse», es «un medio especialmente eficaz de reforzar las posibilidades de acceder a la verdad reforzando las censuras mutuas y ofreciendo los principios de una crítica técnica, que permite controlar con mayor efectividad los factores adecuados para facilitar la investigación». No se trata de buscar una nueva forma de saber absoluto, «sino de ejercer una forma específica de la vigilancia epistemológica, exactamente, la que debe asumir dicha vigilancia en un terreno en el que los obstáculos epistemológicos son, de manera primordial, obstáculos sociales».

Para poder aplicar a su propia práctica las técnicas de objetivación que aplican a las restantes ciencias, «los sociólogos deben convertir la reflexividad en una disposición constitutiva de su *habitus* científico, es decir en una reflexividad refleja, capaz de actuar no *ex post*, sobre el *opus operatum*, sino a priori, sobre el *modus operandi*». La reflexividad no es una tarea meramente individual, « sólo puede ejercerse plenamente si afecta al conjunto de los agentes comprometidos en el campo». Las posibilidades de ser objetivo son directamente proporcionales al grado de objetivación de la propia posición (social, universitaria, etc.) y «de los intereses, en especial los intereses propiamente universitarios, relacionados con esa posición» (Bourdieu, 2003: 154-161).

Si hay una característica que distingue a Bourdieu en el paisaje de la teoría social contemporánea ésta es su deseo constante de reflexividad, algo que para él no presupone una reflexión del sujeto sobre el sujeto, a la manera de la autoconciencia (*Selbstbewusstsein*) hegeliana o de la «perspectiva egológica» defendida por la etnometodología y la sociología fenomenológica. La reflexividad, preámbulo indispensable para el análisis del mundo social, requiere sobre todo una exploración sistemática de las «categorías de pensamientos impensados que delimitan lo pensable y predeterminan el pensamiento» orientando la práctica de la investigación social (Bourdieu, 1982:10, 184).

La noción de reflexividad se opone a las concepciones positivistas de la ciencia social y a la separación tajante que establecen entre hechos y valores. La tarea de la sociología consiste, según Bourdieu, en desnaturalizar y desfatalizar el mundo social, es decir, destruir los mitos que cubren el ejercicio del poder y perpetúan la dominación. La sociología es para él una ciencia eminentemente política, profundamente concernida por las estrategias y los mecanismos de dominación simbólica dentro de lo cuales se encuentra ella misma atrapada (Bourdieu 1997a: 26, 137-138; Bourdieu-Wacquant, 1992:38-42).

Las condiciones de posibilidad y los límites del conocimiento objetivo no han de buscarse solo en el «sujeto», como enseña la filosofía clásica (kantiana) del conocimiento (o, aún hoy día, la etnometodología o el idealismo «constructivista» en todas sus formas). Es necesario buscar también en el objeto construido por la ciencia (el espacio social o el campo) las condiciones sociales de posibilidad

del «sujeto» y de su actividad de construcción del objeto (por tanto la *skholè* y toda la herencia de problemas, de conceptos, de métodos, etc.). A todo progreso en el conocimiento de las condiciones sociales de producción de «sujetos» científicos corresponde un progreso en el conocimiento del objeto científico, y a la inversa (Bourdieu, 1995: 309-311).

7. UNA APROXIMACIÓN EMPÍRICA A LA POSICIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL ESPACIO ACADÉMICO FRANCÉS

En su obra *Homo academicus*, Bourdieu exploró empíricamente los condicionamientos internos y externos del mundo universitario francés en los albores de Mayo del 68 e intentó «demostrar los límites de la reflexividad dentro de las ciencias sociales» (Bourdieu, 1992: 184).

El campo universitario dista mucho de ser un universo aislado y regido únicamente por la razón. Las distorsiones que se producen en el conocimiento científico provienen tanto de presiones externas como de la misma dinámica del mundo universitario. La intensidad de esas interferencias varía entre las distintas facultades. A este respecto Bourdieu distingue entre facultades científicamente dominantes, pero socialmente dominadas, en un polo y facultades científicamente dominadas, pero temporalmente dominantes, en el otro. No obstante, aunque los dos polos del campo universitario se oponen fundamentalmente según su grado de dependencia respecto del campo del poder y de las presiones o de las incitaciones que éste propone o impone, ni las posiciones más heterónomas están nunca totalmente libres de las exigencias específicas de un campo oficialmente orientado hacia la producción y reproducción del saber, ni las posiciones más autónomas están jamás completamente liberadas de las necesidades externas de la reproducción social (Bourdieu, 1984: 75-767).

Aunque en todas las facultades se halla el efecto de contaminación que ejerce el poder universitario sobre la representación de la autoridad científica, éste es sin duda mayor cuanto menos autónoma y formalizada sea la competencia científica. «Esta especie de contaminación de la autoridad propiamente científica por la autoridad estatutaria fundada sobre el arbitrario de la institución está en el principio mismo del funcionamiento de las facultades de derecho y de medicina (y también, por cierto, de las disciplinas literarias más cargadas socialmente)» (Bourdieu, 1984:78-79).

Las facultades dominantes en el orden político tienen por función transmitir competencia social «formar agentes de ejecución capaces de poner en práctica sin discutirlos ni ponerlos en duda, dentro de los límites de las leyes de un orden social determinado, las técnicas y las recetas de una ciencia que no pretenden producir ni transformar», mientras que, al contrario, las facultades dominantes en el orden cultural tienen como función la transmisión de competencia científica, «están dedicadas a arrogarse, por las necesidades de construcción de los fundamentos racionales de la ciencia que las otras facultades se contentan con in-

culcar y aplicar, una libertad prohibida a las actividades de ejecución, por respetables que sean en el orden temporal de la práctica» (Bourdieu, 1984: 88-89).

La competencia del médico o del jurista es una competencia técnica jurídicamente garantizada, que da autoridad y autorización para servirse de los saberes más o menos científicos. La genealogía de la idea de clínica desarrollada por Michel Foucault (1963) aclara bien esta doble dimensión, técnica y social, de la competencia médica. La medicina es una ciencia práctica cuya verdad y éxito interesan a toda la nación y la clínica «figura como una estructura esencial de la coherencia científica, pero también de la utilidad social» del orden médico. La práctica clínica implica, según Bourdieu, una forma de violencia simbólica, no puede aplicarse adecuadamente al caso particular más que apoyándose sobre los indicios corporales y verbales que proporcionan los pacientes, y que, en la mayor parte, deben ser suscitados por la averiguación clínica. Pero este trabajo de producción de síntomas que conduce al diagnóstico (justo o falso) se realiza, como lo muestran bien los análisis de Aaron Cicourel, en el marco de una relación social disimétrica donde el experto está en condiciones de imponer sus propios presupuestos cognitivos sobre los indicios proporcionados por el paciente, sin necesidad de plantear la cuestión de la brecha, generadora de malentendidos y de errores de diagnóstico, entre los presupuestos tácitos del paciente y sus propios presupuestos, explícitos o implícitos, concernientes a los signos clínicos, y al mismo tiempo sin plantear como tal el problema, fundamental, de la traducción del discurso clínico espontáneo del paciente en el discurso clínico codificado de la medicina (Bourdieu, 1984: 89-90).

De modo general, el progreso, en el seno de cada facultad, de las disciplinas científicas corresponde a la sustitución de una necesidad social científicamente arbitraria por una necesidad científica socialmente arbitraria. Cuanto más incierta es la coherencia propiamente científica y mayor la responsabilidad social con más fuerza se impone la necesidad de fundar la unidad intelectual de la *communis doctorum opinio* en la unidad social del grupo (Bourdieu, 1984: 92-93).

En opinión de Bourdieu, la facultad de letras y de ciencias humanas ocupaba, en los albores de mayo del sesenta y ocho, una posición intermedia entre el polo «mundano», representado por las facultades de derecho y de medicina, y el polo «científico», representado por las facultades de ciencias. Lo propio de la facultad de letras y de ciencias humanas reside en que las relaciones entre los diferentes principios de jerarquización son en este caso más equilibradas. En efecto, «de un lado participa del campo científico, por tanto de la lógica de la investigación, y del campo intelectual —con la consecuencia de que la notoriedad intelectual constituye la única especie de capital y de beneficio que le pertenece con propiedad—; del otro, en tanto que institución encargada de transmitir la cultura legítima e investida por este hecho de una función social de consagración y de conservación, es el lugar de poderes propiamente sociales que, al mismo título que los de los profesores de derecho y de medicina, participan de las estructuras más fundamentales del orden social» (Bourdieu, 1984: 99-100)

El campo de las ciencias sociales se organiza en torno a una oposición principal entre dos especies de poder. Al poder propiamente universitario, que se basa principalmente en el dominio de los instrumentos de reproducción del cuerpo docente, se oponen un conjunto de poderes de especies diferentes, que se encuentran sobre todo en los especialistas de las ciencias sociales (Bourdieu 1984: 106). En opinión de Bourdieu, nada resume mejor el conjunto de oposiciones que se establecen entre los ocupantes de los dos polos del campo universitario que la estructura de su distribución del tiempo: «de un lado, aquellos que invierten sobre todo en el trabajo de acumulación y gestión del capital universitario» y del otro, «aquellos que invierten sobre todo en la producción y, secundariamente, en el trabajo de representación que contribuye a la acumulación de un capital simbólico de notoriedad externa» (Bourdieu, 1993: 131).

Las ciencias sociales han pasado en las últimas décadas a ocupar un lugar relevante en la lucha por la imposición de una definición renovada de la cultura legítima. De acuerdo con Bourdieu, «La aparición de una demanda pública o privada de investigación aplicada y de un público de lectores atentos a los usos sociales de ciencia social, altos funcionarios y políticos, educadores y trabajadores sociales, publicistas y expertos de la salud, etc., favorece el éxito de productores culturales de un nuevo género, cuya presencia en el campo universitario constituye una ruptura decisiva con los principios fundamentales de la autonomía académica, y con los valores de desinterés, de gratuidad y de indiferencia a las sanciones y a las exigencias de la práctica» (Bourdieu, 1984: 162)

Esa relevancia adquirida por las ciencias sociales no carece de riesgos. La cesión a las demandas externas es una de las razones del retraso de las ciencias sociales, sin cesar expuestas a la regresión hacia el ensayismo, pues en la medida en que aumenta el tiempo invertido en el trabajo científico, condición necesaria, aunque no suficiente, de la calidad científica del producto, disminuyen las oportunidades de obtener el éxito puramente mundano, ligado al interés de actualidad (Bourdieu, 1984: 210).

La misma dinámica del campo universitario en tanto que espacio de diferencias entre posiciones y entre disposiciones de sus ocupantes reproduce en su estructura el campo del poder, mediante su acción propia de selección y de inculcación, al margen de toda intervención de las conciencias y de las voluntades individuales o colectivas. En *Homo academicus*, Bourdieu descubrió que las facultades socialmente dominantes, facultad de derecho y facultad de medicina, se oponían a las facultades socialmente dominadas, la facultad de ciencias y, en menor medida, la facultad de letras, por todo un conjunto de diferencias económicas, culturales y sociales, donde puede reconocerse lo esencial de la oposición en el seno del campo del poder entre la fracción dominada y la fracción dominante (Bourdieu, 1984: 62).

8. A MODO DE CONCLUSIÓN

La compleja obra de Pierre Bourdieu, articulada en torno a su teoría de la práctica, estuvo animada por la ambición de una ciencia social unitaria y unifi-

cada capaz de superar los dualismos que atraviesan la historia de la sociología, subvertir la fronteras entre disciplinas y abolir «la distinción entre etnología y sociología». La diversidad de sus investigaciones empíricas y la fecundidad de sus análisis en las más variadas especialidades y en el contexto de sociedades tanto tradicionales como modernas, así como la pléyade de investigaciones que en todos los países del mundo está inspirando su obra, parecen confirmar que nos hallamos ante un modelo de interdisciplinariedad o, quizá con más precisión, de transdisciplinariedad.

Queda, sin embargo, mucho trecho que recorrer para conseguir una interdisciplinariedad bien integrada. Por ejemplo, en relación con los estudios históricos Bourdieu reconoce que la historia que él «necesitaría para que podamos hablar de una sociología plenamente realizada debería evidentemente englobar una historia de las estructuras que son la finalización en un momento dado de todo el proceso histórico», y, tal historia, «muy a menudo no existe» (1988b: 51). Por lo que se refiere a las relaciones con la economía, Bourdieu considera que se trata de «una de las referencias dominantes para la sociología». Es a través de la ciencia económica como se ejerce el «efecto Gerschenkron» en las ciencias sociales, del que ella misma es, por otra parte, «la primera víctima, especialmente a través de un uso, a menudo absolutamente desrealizante, de los modelos matemáticos». Bourdieu opuso su teoría del *habitus* al paradigma de la *Rational Action Theory*. Su mayor ambición teórica fue elaborar un teoría general de las prácticas que englobase todo tipo de prácticas, desde la prácticas religiosas a las prácticas económicas. Para ello se apropió de ciertas «adquisiciones científicas de la economía», como las nociones de oferta y demanda, interés, inversión, etc., pero «haciéndolas sufrir una reinterpretación». La noción de interés, por ejemplo, tal como él la emplea, significa no el «interés natural, ahistórico y genérico, de los economistas», sino «la inversión en un juego, cualquiera que sea, que es la condición de entrada en este juego y que es a la vez creada y reforzada por el juego», siendo necesario «determinar en cada caso empíricamente las condiciones sociales de producción de ese interés, su contenido específico, etc.» (1988b: 56-57).

Pierre Bourdieu concibió la sociología como una ciencia unitaria de lo social que ha de resistir a la coacciones fácticas (económicas, jurídicas, académicas, etc), en beneficio de una definición autónoma de sus objetos y de sus instrumentos. En la medida en que lo consiga podrá considerarse con todo derecho como una ciencia del mismo nivel que la física y descubrir, sin dejarse atrapar por las clasificaciones sociales del sentido común o cultas, más allá de las sociedades singulares, la arquitectura de principios universales. Una ciencia social así concebida ignora la jerarquía social de los objetos y relaciona dominios aparentemente alejados pero vinculados por relaciones ocultas de afinidad (Pinto, 2002:106). Pero en la medida que no lo logre, y las presiones externas en este sentido son mayores que en el caso de las ciencias de la naturaleza, puede continuar siendo un excelente instrumento de dominación simbólica

Frente a las concepciones posmodernas de la ciencia, Bourdieu reivindicó para la sociología una científicidad en sentido estricto. La especificidad del «mun-

do social» no impide que se pueda conocer con el mismo rigor con que las ciencias de la naturaleza conocen el mundo físico. Hay por lo demás, una plataforma epistemológica en gran parte común, ya que todas las ciencias operan gracias a un instrumental idéntico, el de las leyes, las hipótesis, las demostraciones, la cuantificación. Pero no es sobre este punto que Bourdieu resulta original, sino que lo es por su *modus operandi*, por su manera consecuente de deducir de él un programa de trabajo, de explotar recursos de la disciplina más allá de los límites de su competencia socialmente reconocida.

En resumen, el proyecto sociológico de Bourdieu, más allá de sus éxitos y lagunas, nos ofrece algunas pautas importantes para que la interdisciplinariedad en ciencias sociales contribuya a la construcción de una ciencia social madura del mundo social y no se convierta en una proliferación incontrolada de tribus académicas, dispuestas a servir al mejor postor, y de territorios pseudocientíficos, delimitados descriptivamente con categorías del sentido común. El estadio actual en la evolución de las ciencias sociales permite diversos modos legítimos, pero parciales, de hacer sociología. Es muy difícil que un solo científico social o equipo de investigación domine la pluralidad de técnicas necesaria para desentrañar el sentido de cualquier proceso del mundo social en su doble dimensión estructural y fenomenológica. En cualquier caso, siempre es necesaria una construcción científica del objeto de investigación que rompa con las definiciones descriptivas del mundo social. También se requiere una vigilancia epistemológica que objetive el sujeto objetivante, requisito especialmente necesario en las ciencias sociales, más vulnerables a las presiones externas y a las pasiones internas al campo y con mayor riesgo de convertirse en instrumentos de dominación simbólica.

9. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

APOSTEL, L., *et al.*

1982 *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*, Tecnos/UNESCO, Madrid.

BARNES, Barry

1974) *Scientific Knowledge and Sociological Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

BECHER, Tony

2001 *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual de las culturas de las disciplinas*, Gedisa, Barcelona.

BLOOR, David

1983 *Witgenstein: A Social Theory of Knowledge*, Columbia University Press, Nueva York.

BOTTOMORE, Tom

1983 Introducción, en L. Apostel *et al.*, *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*, Tecno/Unesco, Madrid, 1983.

- BOURDIEU, Pierre
 2002 *La lección sobre la lección*, Anagrama, Barcelona.
 2003 *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, Pierre
 1975a La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison, *Sociologie et Sociétés*, 7. (1), pp. 91-118.
 1975b Les catégories de l'entendement professoral, *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm 3, pp. 68-93.
 1984 *Homo Academicus*, Minuit, París.
 1985 *¿Qué significa hablar? La economía de los intercambios lingüísticos*, Akal, Madrid.
 1988a *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
 1988b *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
 1989 *La Noblesse d'État: grandes écoles et esprit de corps*, Minuit, París.
 1991a *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
 1991b *La ontología política de Martín Heidegger*, Paidós, Barcelona.
 1995 *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona.
 1997a *Méditations pascaliennes*, Seuil, París. (*Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999).
 1997b *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
 1999 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. 2ª edición, Anagrama, Barcelona.
 1999 *La miseria del mundo*, Akal, Madrid.
 2001 *Langage et pouvoir symbolique*, Seuil, París.
 2000a *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
 2000b Participant objectivation. Breacking the Boundary between Anthropology and Sociology: How? (discurso pronunciado en la entrega de la Hyxley Memorial Medal del 2000, Londres, Royal Anthropological Institute, 6 de diciembre de 2000).
 2000c *Cuestiones de sociología*, Itsmo, Madrid.
- BOURDIEU, Pierre, y J.D. WACQUANT
Réponses. Pour une anthropologie réflexive, Seuil, Paris, 1992 (*Respuestas: por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, 1995).
 2001 *Las argucias de la razón imperialista*, Paidós, Barcelona.
- BUCHER, R., y STRAUSS, A.
 1961 Professions in process, *American Journal of Sociology*, 66, pp. 325-334.
- CAMPBELL, D.T.
 1969 Etnocentrism of disciplines and the fish-scale model of omniscience», en Sherif, M. y Sherif, C. (comps.), *Interdisciplinary Relationships in the Social Sciences*, Adline, Chicago.
- BIGLAN, A.
 1973 «The characteristics of subject matter in different scientific areas, *Journal of Applied Psychology*, 57.3, pp. 195-203.

- CHUBIN, D.E.
1976 The conceptualisation of scientific specialities, *Sociological Quarterly*, 17, pp.448-476.
- COLLINS, H.M. (ed.)
Knowledge and Controversy: Studies of Modern National Science, número especial de *Social Studies of Science*, 11 (1).
- FERNÁNDEZ, J. Manuel
1990 Relaciones entre Sociología y Trabajo Social: de una visión unitaria a un pluralismo paradigmático, *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 3.
2003a Habitus y sentido práctico: la recuperación del agente en la obra de Bourdieu», *Cuadernos de Trabajo Social*, núm. 16.
2003b Habitus y acción social en Tomás de Aquino y Pierre Bourdieu, 2n Luis Méndez (coord.), *La ética, aliento de lo Eterno*, San Esteban, Salamanca, pp. 231-248.
- FOUCAULT, M.
1963 *Naissance de la clinique, Une archéologie du regard médical*, PUF, París.
- GINGRAS, Y.
2000 Pourquoi le «programme fort» est-il incompris?, *Cahiers internationaux de sociologie*, núm 119, pp. 235-255.
2002 Mathématisation et exclusion, socioanalyse de la formation des cités savantes, en Wunenburger, J. J.,(ed.), *Gaston Bachelard et l'épistémologie française*, PUF, París.
- GUSDORF, Georges
1977 Passé, present, avenir de la recherche interdisciplinaire, *Revue internationale de sciences sociales*, (París, UNESCO), XXIX, 4 (1977), 627-648.
- JACOBSEN, B.
1981 Collection type and integration type curricula in systems of higher education, *Acta Sociologica*, 24, 1-2, pp.25-41.
- KING, A.R., y BROWNELL, J.
1966 *The Curriculum and the Disciplines of Knowledge*, John Wiley, Nueva York.
- KOGAN, M., y HENKEL, M.
1983 *Government and Research*, Heinemann, Londres.
- KOLB, D.A.
1981 Learning styles and disciplinary differences, en Chickering, A. (comp.), *The Modern American College*, Jossey Bass, San Francisco.
- KUHN, T.S.
1983 *La tensión esencial*, Fondo de Cultura Económica, Madrid. Edición original en inglés 1977
1999 *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México. Edición original en inglés 1962.
- LAMO DE ESPINOSA, E.; GONZÁLEZ GARCÍA, J.M., y TORRES, C.
La sociología del conocimiento y de la ciencia, Alianza, Madrid.

- LATOUR, B., y WOOLGAR, S.
1992 *Ciencia en acción*, Labor, Barcelona.
- LAW, J.
1976 X-ray protein crystallography, en Lemaine, G. (comp.), *Perspectives on the Emergence of Scientific Disciplines*, Mouton, The Hague.
- MERTON, R.
1974 *Teoría y estructura social*, Fondo de Cultura Económica, México.
- PANTIN, C.F. A.
1968 *The Relations Between the Sciences*, Cambridge University Press, Cambridge.
- PINTO, Louis
2002 *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*, Siglo XXI, México.
- SÁNCHEZ, Francisco
2003 Razones epistemológicas versus prácticas académicas: el método como criterio de demarcación entre la antropología y la sociología. *Mimeo*.
- SWARTZ, David
1997 *Culture and Power. The Sociology of Pierre Bourdieu*, The university of Chicago Press, Chicago/London.
- TOULMIN, S.
1977 *La comprensión humana*, Alianza, Madrid.
- WATSON, James D.
2003 *AND. El secreto de la vida*, Taurus, Madrid.
- WAX, M.L.
1969 Myth and interrelationship in social science, en Sherif, M. y Sherif, C., *Interdisciplinary Relationships in the Social Science*, Clarendon Press, Oxford.
- WHITLEY, R.
1984 *The Intellectual and Social Organization of the Science*, Clarendon Press, Oxford.
- YATES, P.D.
1985 *Science and sensibility*. Mimeo: Universidad de Essex.

